



# LA JUSTICIA DEL PADRE

PONTIFICIA UNIVERSITÀ GREGORIANA  
00187 ROMA - PIAZZA DELLA PILOTTA, 4  
Telef. 67011 - Teleg. FUGI - 00187 ROMA

*Non vedo nessuno ostacolo dottrinale  
per la pubblicazione degli scritti  
del Padre, redatti dal Padre Andrea  
D'Ascenio.*

*21 Settembre 2000*

*J. Galot '13*

Padre Andrea D'Ascenio ofm capp  
LA JUSTICIA DEL PADRE  
Titolo original:  
"LA GIUSTIZIA E L'IRA DI DIO"

Colección de meditaciones extraídas de la revista "Dios es el  
Padre"

Este libro se acabó de imprimir 30 mayo 1998

© Associazione Dio è Padre cp135 L'Aquila 67100  
www.armatabianca.org  
avemaria@armatabianca.org

## LA JUSTICIA DEL PADRE

Es un lugar común apelar a la justicia de Dios cuando no podemos hacernos “justicia” por nosotros mismos. También la expresión “Dios te lo pague”, la cual se usa en muchos países como una forma de agradecimiento, es un arma de doble filo: “Dios te recompense... en el bien y en el mal”.

En el lenguaje eclesiástico, en manera más sutil, pero no menos pesada, se acostumbra decir: “Te agradezco... *coram Domino* (ante nuestro Señor)”; esto es, anteponiendo ante todo la Verdad y la Justicia del Señor.

En resumen, apelar a Dios como un vengador que pueda castigar cuando nosotros no podamos hacerlo, es una costumbre difundida. Es la señal del hambre de venganza reprimida que todos anidamos dentro y que quisiéramos ver satisfecha simplemente delegando a Dios que, omnipotente como es, puede bien hacer nuestra función son comprometerse y, sobre todo, sin comprometernos.

Quisiéramos que Dios fuera nuestro justiciero personal, totalmente de nuestra parte y, por lo tanto, debe castigar a quién nos hace daño. Y, si no lo hace, renegamos como el hermano del hijo pródigo:

*“Él se enojó y no quiso entrar. Su padre salió para rogarle que entrara, pero él le respondió: "Hace tantos años que te sirvo sin haber desobedecido jamás ni una sola de tus órdenes, y nunca me diste un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos. ¡Y ahora que ese hijo tuyo ha vuelto, después de haber gastado tus bienes con mujeres, haces matar para él el ternero engordado!"*

(Lc. 15, 29-30)

Como el hermano “bueno”, también nosotros apelamos al Padre para que nos haga justicia (como decimos nosotros) en contra de quién nos parece que nos hace un mal.

En el caso del Evangelio es evidente como nosotros los “buenos” tergiversamos también la verdad de los hechos: el hijo pródigo no había devorado los bienes del padre, sino aquellos que le correspondían por herencia y que tal vez le “hacían ojitos” al hermano “bueno”. Pero cuando no se está en el Amor, es difícil distinguir la Verdad. Las pasiones nos hacen invocar de inmediato a la justicia.

Entonces es bueno que aclaremos las ideas acerca de la relación que existe entre la Justicia, Dios y nosotros.

### ¿QUÉ COSA ES LA JUSTICIA?

En un sentido estrictamente jurídico es *“La virtud moral de darle a cada quién lo que se merece y de respetar el dere-*

*cho de los demás”*. Al respecto, Palazzi dice: *“A veces, la idea de justicia se liga a la idea de castigo”*.

Por el contrario, en su sentido bíblico, la justicia de Dios es sobre todo fidelidad al pacto, que Él manifiesta: al escuchar la oración (Sal. 116, 1-9); al garantizar el derecho y la justicia (Jer. 9, 23-24); al asegurar el perdón (Sal. 51, 14) y para la salvación (Sal. 85, 8-11; Is. 46, 12-13). Así que, la justicia de Dios se identifica con su voluntad o acción para la salvación.

Las lenguas modernas no conocen más este sentido de justicia divina, que para el lenguaje bíblico es fundamental; por lo tanto, es indispensable tener esto bien presente para lograr una exacta comprensión del Evangelio, porque también en aquel, la justicia de Dios es sustancialmente su voluntad de otorgar la salvación por medio de la obra de Jesucristo y por la cual justifica al hombre, esto es, le otorga la justicia (Rom. 1, 17; 3, 21-26; Fil. 3,9). Se menciona sólo este último fragmento:

*con tal de ganar a Cristo y estar unido a él, no con mi propia justicia que procede de la ley, sino con aquella que nace de la fe en Cristo, esto es, la que viene de Dios y se funda en la fe.*

(Fil. 3, 9)

Es hora de colocar los fundamentos de la cuestión, antes que nada, hay que combatir la idea de un Dios que está siem-

pre con el garrote en la mano y que, a nuestra mínima señal, está listo para castigar a quien nos resulta antipático o a quien nos ha hecho mal.

### EL PODER DEL JUICIO

Administrar justicia es el poder máximo.

En la antigüedad esto era competencia específica de reyes, quienes desde su trono e investidos de todas las insignias posibles de mando, escuchaban a las partes y emitía la sentencia correspondiente.

Dios Padre es la máxima autoridad y a Él se le reconoce y atribuye con amplitud dicha facultad.

Pero el Padre no pretende ser el juez de sus hijos: ¿qué padre quisiera tener que juzgar y condenar a sus propios hijos?

Y es por esto que delega esta función en el Hijo, para que Él sea quien ejerza este poder con sus hijos:

*De hecho, el Padre no juzga a nadie, sino que canaliza todos los juicios al Hijo* (Jn. 5,22)

El Hijo dice siempre que “sí” al Padre y acepta este encargo: pero le pesa tanto como al Padre. Por lo tanto, viene a

la tierra con este divino poder, que a la vez de espléndido es terrible, con el cual puede absolver o condenar. **Pero nunca lo usa, sino para absolver:**

*Maestro, esta mujer fue sorprendida en flagrante adulterio... ”* (Jn. 8,4)

Como tantas otras veces (Mt. 9, 11; 12, 2; 12, 10; 15, 2; 19,3), también ahora los “sabiondos” del tiempo pretenden hacer caer a Jesús en una trampa sin escape posible: si absuelve, él mismo será acusado porque va contra la ley; si condena, desaparece la figura del Maestro misericordioso...

Pero Jesús es Dios y no deja atrapar por sus criaturas:

*Aquel que se encuentre libre de pecado, que arroje la primera piedra contra ella.* (Jn. 8,7)

En forma más evidente, Jesús crucificado usará este poder de absolución y condena, cuando responde a las últimas provocaciones (“*Si eres el Cristo, el rey de Israel, ¡prueba a bajarte de la cruz! cfr Mc.15,32*”), con todo el poder de su Amor:

*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.*

(Lc. 23, 34)

Jesús crucificado da testimonio de toda su infinita capacidad de Amor y de toda su inteligencia “jurídica”, logrando también a encontrar, ante el infierno, la motivación técnica para otorgar la absolución: **los acusados, todos los hombres, se absuelven por su incapacidad de entendimiento y voluntad.**

No se trata propiamente de una “justificación pía”: en realidad los hombres, durante la Pasión, estaban tan poseídos por el mal, que no eran capaces de decidir.

### ¿QUIÉN NOS JUZGA?

El Padre delega el poder de juzgar al Hijo; pero el Hijo no lo usa para condenarnos, sino para absolvernos. Más bien, toma nuestra defensa de continuo, aunque ahora lo hace desde el cielo: “*Tenemos abogado ante el Padre*” (1Jn. 2, 1).

Pero entonces, si Jesús que tiene el poder juzgarnos, nos absuelve y justifica, ¿quién nos acusa y quién nos condena?

*“El gran dragón, la antigua serpiente, aquel que llamamos el diablo y Satanás, es quien seduce a toda la tierra.”*

(Ap. 12, 9)

Él es el gran **Acusador**:

*“Ahora se ha completado la salvación, la fuerza y el reino de nuestro Dios, porque ha caído el Acusador de nuestros hermanos, aquel que los acusaba ante Dios de día y de noche.”* (Ap. 12, 10)

Cada acción que cometemos es sometida a juicio ante el tribunal de Dios, en el cual Satanás funge como parte acusadora, como una suerte de “ministerio público” que no deja sin revisar una sola palabra.

Es por esto que Jesús nos exhorta a no pronunciar palabra alguna sin amor o contra el Amor: “*El que ha insultado a su hermano...*” (Mt. 5, 21).

Antes del juicio particular que tendremos después de la muerte, nosotros sufriremos un juicio continuo en el que Satanás actuará como acusador, Jesús será nuestro abogado defensor y el Padre serán quien dicte sentencia.

Pero ya dijimos que el Padre no desea juzgarnos y condenarnos y que por esto delega en el Hijo el poder para juzgarnos, que usa dicho poder sólo para justificarnos y absolvernos.

Satanás nos acusa, pero no tiene el poder de condenarnos, porque esa facultad la tiene reservada sólo el juez.

## ¿Entonces quién nos condena?

Resumamos: el Padre y el Hijo renuncian a enjuiciarnos; Satanás nos acusa, pero no puede dictar sentencias definitivas, entonces ¿quién se encarga de condenarnos?

*Somos nosotros mismos, quienes nos juzgamos y condenamos recíprocamente.*

Para entendernos mejor; Jesús, que hace siempre aquello que ve hacer al Padre (Jn. 5, 19), transmite el poder de juzgar a nosotros: su Amor hacia nosotros no es inferior al que nos tiene el Padre y no pretende juzgar y condenar a aquellos que ha amado hasta el punto de ofrecer su vida por la causa de aquellos (Jn. 10, 15; 15, 13) a quienes llama “amigos” (Jn. 15, 15) y que une a sí en la filiación divina (Jn. 17, 22)

Jesús nos ama con un Amor total, ofreciéndose ante nosotros en toda su plenitud y dándonos todo lo que tiene: su Sangre y su Carne (Lc. 22, 19-20; Jn. 6, 54); su Madre (Jn. 19, 20); su Padre (Mt. 6, 9; Jn. 14, 7; Jn. 14, 23; Jn. 15, 15); su Espíritu (Gal. 4, 6); su capacidad para hacer milagros (Jn. 14, 12; Lc. 10, 19; Mc. 6, 7.13; 16, 17.20; Mt. 10, 1).

No excluye de los dones que nos ha obsequiado, el poder para juzgar (Jn. 20, 22; Mt. 19, 28; Mt. 16, 19; Mc. 16, 16); pero es un

poder que duele y, por tal motivo, nos dice cómo tenemos que usarlo: **absolviendo**, como hizo Él, de lo contrario nos advierte:

*Porque de la misma manera que ustedes juzguen, así serán juzgados, y con la misma vara que midan, serán medidos. (Mt. 7,2)*

Jesús recomienda ampliamente que **no nos juzguemos**, tan es así que, en la oración al Padre, nos hace decir que si no nos perdonamos, entonces Él no nos podrá perdonar.

## LA GRAN TRAMPA DEL INFIERNO

El juicio es la gran trampa que el infierno no tiende continuamente, poniendo una barrera de no amor entre nosotros y nuestros hermanos: agregando juicios a juicios, cada uno termina quedando aislado en un féretro: es la soledad, es la desesperación, es el infierno aquí en la tierra.

El juicio mata al Amor, bloquea la Misericordia y da vía libre a la “justicia” que Satanás continuamente pide. Y esto válido para cada uno de los hombres y para toda la humanidad. Por lo tanto, *el juicio es el medio del que se vale Satanás para comprometer a todos y a todo*. Si nosotros caemos en su juego, nos veremos implicados en su remolino infernal y haremos vano el Amor del Padre.

Finalmente resulta claro el gran plan de la bestia: sabe que *le queda poco tiempo* y quiere culpar a la mayor cantidad posible de personas en esta derrota.

Es por esto que utiliza todos los medios a su alcance, incluyendo a *los medios* de comunicación masiva, difundiendo únicamente una realidad de violencia, corrupción y muerte: la mayoría aceptan esto, se vuelven partícipes y se ven arrastrados al gran proceso de la muerte, marcados “*en la mano y en la frente*”. Y esto lo hemos entendido y reconocido todos.

Lo que no hemos entendido es un juego un poco más sutil: Satanás, con estas continuas violencias morales, pretende exasperar a aquellos pocos que no aceptan sus propuestas, llevándolos a gritar: “**Basta, Señor! Visto que no podemos detener esta avalancha de muerte, ¡te suplicamos que intervengas tú con tu Justicia!**”

Y esto sería el fin.

Es necesario que nos volvamos más astutos, la forma de hacerlo es estando ciertos que el Padre, en su Misericordia, es más fuerte que la “justicia” de Satanás.

No cometamos el tonto equívoco de morder el anzuelo que la bestia nos arroja mediante sus profetas de la amargura.

Nosotros tenemos al profeta de profetas, el **Papa**, que nos mucho más amplios y válidos:

*“La conciencia humana, cuanto más pierde el sentido del significado mismo de la palabra “misericordia”, sucumbiendo a la secularización; cuanto más se distancia del misterio de la misericordia alejándose de Dios, tanto más la Iglesia tiene el derecho y el deber de recurrir al Dios de la misericordia “con poderosos clamores”. Estos poderosos clamores deben estar presentes en la Iglesia de nuestros tiempos, dirigidos a Dios, para implorar su misericordia, cuya manifestación ella profesa y proclama en cuanto realizada en Jesús crucificado y resucitado, esto es, en el misterio pascual. Es este misterio el que lleva en sí la más completa revelación de la misericordia, es decir, del amor que es más fuerte que la muerte, más fuerte que el pecado y que todo mal, del amor que eleva al hombre de las caídas graves y lo libera de las más grandes amenazas.”*

(Sobre la Misericordia Divina, 15)

En 1982, al comentar este fragmento en el volumen I de “Dios es mi Padre”, decíamos que:

*“Eliminemos las polémicas estériles, dejemos de señalar con el dedo para acusar a tal o cual persona de todos*



*los males. Este es el juego del infierno que no quiere que nos aferremos a la única fuente verdadera de la salvación: la Misericordia del Padre. Nos hallamos en una espiral de odio que sólo puede ser rota por el Amor del Padre y el Papa, profeta de Misericordia en quien re-suenan la misericordia de todos los profetas, nos ha enseñado el camino: ¿qué esperamos para recorrerlo?*

*“Alcemos” nuestra voz para pedir misericordia para todos y experimentemos con el profeta Joel aquello de que el “Señor es el refugio de su pueblo”.*

(Dios es Padre. Vol.I)

Dejemos hasta aquí nuestras reflexiones, pero antes hagamos un breve comentario sobre Satanás, atendiendo a algunas recientes declaraciones hechas por ciertos adeptos suyos, en las mismas habría “revelado” que su triunfo está cercano. ¿A qué triunfo está haciendo referencia?

Del triunfo de su “justicia”: por lo tanto, todo y todos se verán arrastrados a su furia de muerte y violencia.

La verdad es que yo no me por las revelaciones hechas por los profetas que se dicen de Dios, mucho menos por que hacen aquellos profetas que se dicen de Satanás. Si lo que van diciendo es en verdad el pensamiento del infierno, entonces la misma es una provocación que nosotros acogemos y agra-

decemos por confirmarnos una cosa que ya sabíamos desde hace tiempo: el padre de la mentira nos preanuncia su derrota y nos advierte que el triunfo del Corazón Inmaculado de María está cercano.

Esto es, el triunfo de la Misericordia, porque María no puede realmente “triunfar” en todos los millones de hijos que han sido arrastrados en el torbellino de la muerte al que hemos hecho referencia, pero esto depende de nosotros.

Debemos dejar de prestar oídos a los profetas de la amargura que, quizás con mejor intención, le hacen el juego a Satanás y desaniman y aterrorizan a los espíritus.

Y por el contrario, debemos comprometernos a seguir el camino que nos ha marcado el Profeta de profetas, el Sumo Pontífice, que desde la cátedra de la Verdad, nos recuerda que tenemos

***“el derecho y la obligación de apelar a la Misericordia... esto es, a aquel Amor que es más potente que la muerte, el pecado y que cualquier otro mal. Hay que apelar al Amor que eleva al hombre de los abismos en que ha caído y que lo libera de los peligros más graves”***

(Sobre la Divina Misericordia, 15)

## LA IRA DE DIOS

Pasemos ahora a examinar este otro atributo de Dios: su “ira”. En el Viejo y Nuevo Testamento, incluyendo al Padre Nuestro y el episodio del Templo. Les pido una disculpa de antemano si tendré que hacer referencia frecuente al diccionario para aclarar el significado de ciertos términos, pero lo considero indispensable. Tomemos como motivo la carta que un Sacerdote nos envió:

*Reverendísimo Padre Andrea:*

*Sigo con atención cuanto usted ha estado escribiendo en “Dios es Padre” y, no obstante la argumentación empleada con la cual se esfuerza en demostrar que Dios es sólo amor y misericordia, creo que dicha visión es parcial y, por lo tanto, incompleta. Incluso podría llegar a ser peligrosa, porque es una idea de Dios completamente “amémonos”, que llevada a sus últimas consecuencias, podría poner en crisis varias Verdades de la fe, entre las cuales mencionaré el pecado, el juicio, el infierno, etc., ocasionando con ello gran confusión de los fieles. Lo que nos acarrearía una gran culpa.*

*¿Acaso usted no ha encontrado nunca en las Escrituras expresiones que ratifican el concepto de un Dios que castiga, que incluso “llega a vengarse”, que se manifiesta más allá del amor, sino también con su Santa Ira?*

*¿Nunca ha meditado en el episodio que aparece en el Nuevo Testamento en el que Jesús, no obstante haberse definido manso y humilde de corazón, explota de ira contra los mercaderes y cambistas a punta de azotes? ¿Acaso usted está diciendo que Jesús no se había enojado con aquellos profanadores?*

*Es cierto que Dios es misericordia, pero no sólo es misericordia. Por eso creo que haría bien, cuando hable de Él, tomar en consideración todos sus atributos, entre los cuales están su justicia e ira. Bien es cierto que Dios es “manso y humilde”, pero también es “justo” y “terrible”. Me ahorro las citas, que usted bien puede confirmar, pero fraternalmente lo exhorto, en nombre del sacerdocio del que tenemos que dar cuenta juntos en la verdad, a no ofrecer una idea incompleta, y por lo tanto falsa, de Dios.*

*Le suplico crea en la buena voluntad de mis observaciones y ruego para que el Señor lo ilumine plenamente. Fraternalmente.*

*Sacerdote... (carta firmada)*

Estimado hermano y compañero mío de Sacerdocio:

Agradezco cuanto me ha escrito, que siento como una exigencia sufrida de su espíritu. También agradezco, porque me ánima a hacerme un examen de conciencia y a profundizar la lectura de las Escrituras para poder conocer mejor, y

hacer conocer mejor, a nuestro Dios. Comprendo sus preocupaciones pastorales y el Señor le habrá de premiar por lo que me dice: aconsejar a los que dudan, enseñar a los ignorantes y amonestar a los pecadores son todas obras de misericordia espiritual. Sin embargo, me permito hacerle notar que nunca he puesto en duda la realidad del pecado, del juicio y del infierno: sólo intenté hacer comprender que al infierno sólo va quien quiere y que no es Dios quien nos arroja allí, mientras nos grita por detrás “¡maldito...!”

Lo que quiero decir es que Dios no puede “enojarse” [Nota del traductor: la traducción literal de “arrabiarsi” sería “arrabiarse”] (que horrible es esta palabra, tan es así que el Diccionario Palazzi la define como “*el acto de ser presa de la rabia*”, esto es, de “*una enfermedad infecciosa aguda, propia de los perros, a través de los cuales se puede contagiar al hombre o a otros animales por medio de la mordedura*”; por extensión y en un sentido figurativo, este término se aplica a los “*accesos de ira o furoros*”). Por favor, ya no use más esta palabra, mucho menos al referirse al hombre.

He meditado largamente sobre los temas que usted me ha sugerido y me he dado cuenta que, a modo de respuesta, me estaba saliendo en artículo. Se lo envío a usted y todos mis amigos, con los mejores deseos de Paz y Alegría por la Pascua. Le reitero mi agradecimiento. Ruegue por mí y le suplico me dé su bendición.

*Padre Andrea.*

## ¿QUÉ COSA ES LA IRA?

Según el diccionario Palazzi, la ira es: “*el movimiento desordenado del ánimo, donde nos sentimos violentamente excitados en contra de alguien*”. Por lo tanto, no se trata de algo bueno. Por otra parte, teniendo en cuenta que la ira, junto con la soberbia, la avaricia, la lujuria, la gula, la envidia y la pereza, es un pecado capital, es difícil poder hablar bien de un fenómeno como este.

Por lo tanto, el decir que la ira sea uno de los mayores atributos de Dios, equivaldría a decir que el propio Dios sufre algún “*el movimiento desordenado del ánimo, donde se siente violentamente excitado en contra de alguien*”. Y esto, francamente, nos suena a blasfemia, considerando que Dios es perfección infinita y que la ira, además de ser un vicio, se encuentran entre los vicios capitales.

El hecho de agregar el adjetivo “santa” a la palabra “ira” no mejora en nada la situación, sino por el contrario, la empeora, haciéndola todavía más torcida y complicada: tampoco con la mejor intención un vicio capital puede ser definido como “santo”. Y por esto, creo que no hay realmente mucho que objetar. Por lo tanto, hablar de la “santa ira de Dios” resulta, cuando menos, inadecuado.

Ahora veamos cómo es que se entiende el concepto de “ira de Dios” en el Viejo Testamento.

## LA “IRA DE DIOS” EN EL VIEJO TESTAMENTO

Todos nos esperaríamos que las Sagradas Escrituras dieran una solemne desmentida a esta concepción de la “ira de Dios”, que suena a blasfemia y que efectivamente lo es.

Por el contrario, resulta traumático constatar como la definición dada por el Diccionario Palazzi a la palabra “ira” es casi idéntica a la que los Diccionarios Bíblicos dan al concepto “ira de Dios” en el Viejo Testamento:

*“La ira de Dios es la reacción de Dios santo a todo aquello que atenta contra su majestad o perfección moral”.*

(Diccionario Teológico SEI)

Por lo tanto, la ira divina se considera en general el castigo por los pecados cometidos, no es una explosión de mal humor o una manifestación de un Dios arbitrario celoso o caprichoso, sino de un Dios justo. El desahogo de su ira es presentado como el castigo a los atentados contra su majestad.

Pero a veces, la ira de Jehová se describe como una violenta pasión que debe descargarse para poder calmarse: *“Quiero calmar mi ira en ti... para tener reposo y no inquietarme más”.* (Ez. 16,42).

Otras veces en la Escritura serpentea la esencia misteriosa de la ira del Dios que se desahoga en los justos y en los justos, como en el libro de Job:

*“Dios no reprime su furor..  
...Él, con una tempestad, me aplasta,  
y multiplica mis heridas sin razón.  
No me da tregua ni para tomar aliento,  
sino que me sacia de amarguras.  
...si soy íntegro, me declara perverso.  
¡Yo soy un hombre íntegro: nada me importa de mí mismo y siento desprecio por mi vida!  
Por esto digo: “¡Todo es igual!”:  
¡Él extermina al íntegro y al malvado!.  
Si un azote siembra la muerte de improviso,  
se ríe de la desesperación de los inocentes.”*

(Jb. 9,1 ss.)

Dios nos salve de este Dios. ¿Cómo justificar esta terrible concepción de Dios y de su “ira”?

La respuesta a esta interrogación requeriría largas reflexiones, que intentaremos sintetizar en pocos conceptos: el hombre, después de pecar, pierde la visión de Dios Padre y Maestro (Jn. 2, 19-20) y siente nacer en sí el miedo (Jn. 3,10). Este sentimiento nuevo, que no es de Dios, sino que ha sido

inspirado por Satanás, deformará cada vez más la imagen del rostro paterno de Dios, sustituyéndola por la de un patrón “irascible” y vengador.

El hombre, creado a “imagen y semejanza de Dios” (Jn. 1,26), con el pecado se volvió violento y conforme va redescubriendo el concepto de Dios, se hace de Él una idea a “su imagen y semejanza”.

Esta concepción errada de Dios es patrimonio de todas las religiones antiguas. El panteón griego lo resume muy bien en su Olimpo, en el cual dioses y diosas juegan con la suerte de los hombres conforme al capricho de su humor, que no son sino una extensión de los humores del hombre caído de su estado de nobleza y pureza originarios.

El Espíritu Santo debió seguirle el juego al hombre, porque éste, salido apenas de la edad de piedra con un corazón de piedra y una maza en la mano, no era capaz de ir más allá del concepto de un Dios “a su imagen y semejanza (del hombre)”: si el hombre es terrible en su ira, seguro que Dios lo será aún más, visto que su fuerza es enormemente superior. Por esto, era recurrente la expresión “¿Quién nos salvará de la ira de Dios?”; y los hombres no vacilaban en sacrificar vidas humanas para aplacar a la divinidad “airada”.

Será necesaria la Encarnación para que el hombre pueda finalmente redescubrir el rostro verdadero de Dios en el Hijo de Dios que se hizo hijo del hombre.

## LA “IRA” DE DIOS EN EL NUEVO TESTAMENTO

A la “ira” de Dios en el Viejo Testamento, se contrapone en el Nuevo Testamento el Amor del Padre, que “no se venga” de las ofensas recibidas, sino que las dispensa con su Misericordia que es “*más potente que el pecado*” (Dives in Misericordia, VIII); que no castiga al pecador, sino que “expían las culpas” pagando por todos. Por vez primera se manifiesta el verdadero rostro de Dios: *Padre Nuestro...* (Mt. 6,9).

Pero la vieja concepción del Dios que se enfurece, que se venga, que casi nos provoca al mal es muy difícil de erradicar: de esto hay prueba en varias expresiones litúrgicas y en la interpretación del Padre Nuestro, que por añadidura nos fue legada forzando la versión original. Consideramos oportuno hacer un punto de la situación también en este campo, examinando la oración introductoria del Padre Nuestro en la Santa Misa y algunas expresiones de la misma.

### “NOS ATREVEMOS A DECIR: PADRE NUESTRO”

En la Santa Misa está en uso la siguiente fórmula introductoria a la recitación del Padre Nuestro, la cual continúa vigente incluso después de la última reforma litúrgica:

*“Obedientes al mandato del Salvador y conforme a sus enseñanzas, nos atrevemos a decir: Padre nuestro....”*

Que, para ser sinceros, es como decir:

*“Señor Dios, con poca convicción, poquísima espontaneidad y con tantísimo miedo, nosotros nos atrevemos a llamarte Padre. Pero no te enfurezcas con nosotros: sólo lo hacemos, porque nos lo ordenó tu Hijo, nuestro Salvador...”*

Para comprender mejor lo que estamos diciendo, hagamos una comparación. Imaginemos que un hermano mayor le explica a su hermanito menor que, después de tantos años de guerra, está por regresar papá, a quien el más pequeño no conoce. Para prepararlo al encuentro, le habla de él como de la persona más buena del mundo, precisamente porque es el papá. E imaginemos que, al momento de encuentro, mientras el padre, con una emoción tal que se encuentra conmovido y al borde del llanto, abre los brazos a su pequeño para apretarlo entre sus brazos, escucha decir a su pequeño:

*“Escuche Señor, yo no te conozco. Pero como mi hermano mayor me ha ordenado que lo haga, yo me atrevo a llamarte “Padre”. Pero no se ofenda, lo hago sólo porque mi hermano me lo ha impuesto...”*

¿Qué cosa experimentará aquel padre ante estas expresiones de su pequeño?

Bien, la única diferencia que existe entre un padre terrenal y el Padre celestial es que éste último es infinitamente más padre que todos los padres del universo juntos, porque Él es la fuente de toda paternidad. El amor de todos los padres de la tierra resulta apenas un destello del Amor del Padre celestial, que es Padre, sólo Padre y que se conmueve y deshace de ternura cuando se escucha llamar “¡Padre!”.

En este sentido, conviene hacer una reflexión: Jesús llama a su Padre “*Abbá*”, término que indica una mayor intimidad, sólo una vez y resultó ser durante la agonía en el huerto de Getsemaní (Mc. 14,36), que es el momento de máxima unión con el Padre en su aventura terrenal. Por lo tanto, en el momento de máximo sufrimiento lo considera más que nunca Padre y no un Juez inflexible y vengador que descarga en Él su ira.

Tras la ascensión de Jesús, “*Dios mandó en nuestros corazones al Espíritu Santo de su Hijo, que grita: “¡Abbá, Padre!”*” (Gal. 14, 36). El Espíritu eleva este grito continuamente, porque nuestro espíritu quiere glorificar al Padre a cada instante, a cada respiro y en cada latido de nuestro corazón.

Y nosotros deberíamos repetir a cada instante “*Padre, Padre, Padre mío...*”, o mejor aún, “*¡Abbá!*”, que es el testimonio de nuestra intimidad filial con Él.

#### “Y NO NOS INDUZCAS A LA TENTACIÓN”

En forma cotidiana nos dirigimos al Padre celestial con la oración que Jesús nos enseñó pero en la que, sin darnos cuenta, decimos una terrible blasfemia. Examinemos dos términos que aparecen en la misma con ayuda del diccionario (De Felice-Duro):

“Inducir”: *“Empujar a una actitud o comportamiento determinado, poner en una cierta condición”*.

“Tentación”: *“Impulso, estímulo natural o provocado para llevar a cabo acciones atractivas, pero ilícitas, injustificadas, inconvenientes o inoportunas”*.

De lo cual, se debe deducir que Dios, nuestro Padre celestial, nos podría “empujar a llevar a cabo acciones atractivas, pero ilícitas, injustificadas, inconvenientes o inoportunas”, comportándose en relación con nosotros como haría el propio Satanás, aquel que es el mal y el odio puros y a quien las Escritura nos presenta justo como el “tentador” (Mt. 4,3). Y esto lo repetimos desde hace siglos, millones de veces al año, en las oraciones privadas y públicas, incluso en

los cantos... ¡Pobre de nuestro Padre, pobre de nuestro Papá que, tras habernos donado a su Hijo unigénito precisamente para liberarnos de la tentación, escucha como le repetimos continuamente, en cientos de lenguas diferentes: “... *y no nos dejes caer en tentación*”.

La cosa más extraña es que esta traducción es inexacta, visto que la versión correcta es: “Y no permitas que caigamos en tentación”. Todavía más extraño es el hecho de que nadie corrija esta expresión. [Nota del traductor: en español, sí se emplea la traducción correcta de la expresión a que se hace referencia].

Por fortuna, también el sentido del humor de Dios, como todos sus atributos, es infinito.

¿Existe una explicación a este extraño modo de dirigirse a Dios? Creo que sí. La Iglesia Católica heredó mucho del mundo hebreo y no ha logrado eliminar las antiguas creencias; no obstante que Jesús hizo lo posible y hasta lo imposible para hacernos entender que el Padre es Amor.

Lo anterior pone de manifiesto, que todavía no ha logrado penetrar en nuestros corazones el Espíritu que grita Abbá y nos sentimos más cercanos al espíritu del que se hace portavoz mi colega sacerdote en su carta.

Pero David, Jeremías y Job no recibieron las enseñanzas y testimonios de amor de Jesús y por lo tanto tienen ciertas atenuantes. ¿En qué forma podemos nosotros justificar nuestra obtusidad respecto del Amor del Padre hacia nosotros, quien nos ha amado tanto al punto de sacrificar por nosotros, en la cruz, a su Hijo unigénito?

### JESÚS CORRE A LOS VENEDORES DEL TEMPLO

*“Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón”* (Mt. 11,29), exhorta Jesús.

A Felipe, que le manifiesta el temor latente del Padre pidiéndole: *“Señor; muéstranos al Padre y nos basta”* (Jn. 14, 8), responde con una expresión que debería quitarnos todos los falsos temores de Dios: *“Felipe, quien me hubiera visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo me dices que te enseñe al Padre? ¿Acaso no crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí?”* (Jn. 9-10).

Si el Padre está en el Hijo y el Hijo es manso y humilde de corazón, entonces podemos inferir que también el Padre es manso y humilde de corazón. Del hecho, el Padre sólo es Amor dulcísimo, que no y no puede usar ningún tipo de violencia y no podrá, por lo tanto, llegar a asistir al final los tiempos, con un potencia destructiva.

Las objeciones que regularmente se imponen a esta aseveración son de hacerse notar, en el caso particular de mi colega sacerdote, él nos ha hecho recordar algunas: Dios, además de ser Amor, también es Justicia. Tantas páginas del Viejo Testamento nos lo presentan implacable en su justicia; y, también en el Nuevo Testamento, ¿acaso Jesús no nos deja ver una potente manifestación de su “ira” al correr con azotes a los mercaderes del templo?

Pasemos a examinar dicho fragmento, que es de todos conocido, incluso de aquellas personas que nunca han leído los Evangelios, porque este mismo pasaje es citado por aquellos que pretenden justificar su propia violencia:

*“(Jesús) y encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas y a los cambistas sentados delante de sus mesas. Hizo un látigo de cuerdas y los echó a todos del Templo, junto con sus ovejas y sus bueyes; desparramó las monedas de los cambistas, derribó sus mesas y dijo a los vendedores de palomas: “Saquen esto de aquí y no hagan de la casa de mi Padre una casa de comercio”. Y sus discípulos recordaron las palabras de la Escritura: El celo por tu Casa me consumirá. Entonces los judíos le preguntaron: “¿Qué signo nos das para obrar así?” Jesús les respondió: “Destruyan este templo y en tres días lo volveré a levantar”. Los judíos*



le dijeron: “Han sido necesarios cuarenta y seis años para construir este Templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?” Pero él se refería al templo de su cuerpo.

Por eso, cuando Jesús resucitó, sus discípulos recordaron que él había dicho esto, y creyeron en Escritura y en la palabra que había pronunciado.

(Jn. 2, 14-22)

El vendaval que Jesús desencadenó en el Templo, no es simbólico: es un verdadero terremoto que sacude hombres y cosas. Valtorta “ve” y describe la escena con tonos todavía más coloridos:

*(Jesús) en la mano no tiene nada. Sólo tiene su ira santa. Y con esta, caminando veloz e imponente entre puesto y puesto, tira las monedas que han sido meticulosamente alineadas por calidad, en las mesas y mesitas plegables y todo eso cae con estrépito al suelo, entre un gran ruido de metales resonantes, madera golpeada y gritos de ira, de consternación y de aprobación. Luego les quitó de las manos unas cuerdas a unos pastorcillos que cuidaban a los bovinos, ovejas y corderos, con ellas formó un haz que se convirtió en látigo que levantaba, giraba y hacía azotar, sin piedad. Efectivamente, sin piedad.*

(Maria Valtorta, Il poema del Uomo-Dio, Pisani, 1975, vol.2, pág.80)

Ante esta escena, todos se sintieron con autoridad para hablar de la “ira santa de Dios”, legitimada por la profecía de David y motivada por el gran estado de degradación moral del Templo: “ira” que da testimonio de la Justicia de Dios, que en un cierto punto dice “¡basta!”.

Y como el hijo mandó por los aires monedas y puestos, así también el Padre, cuando llegué a su límite, destruirá al mundo con su “ira”: será de hecho el “*dies irae*”, tan temido y considerado como próximo.

Volvamos a hacer notar, y lo habremos de recordar siempre, que Dios no puede enfurecerse, porque su Paz es infinita. Ni siquiera pudo enfurecerse cuando se encarnó, porque aunque estaba revestido de carne mortal, su naturaleza divina siempre conservó el dominio absoluto de sí mismo sobre toda facultad y pasión humana.

Pero ¿acaso lo que Jesús hizo en el Templo fue “pura finta”? No, Jesús hizo todo en serio, ciertamente estaba “indignado” (indignación: “*movimiento del alma por el cual se huye con desprecio de una cosa o persona*”, lo cual es bien diferente de “tener rabia” e “ira”).

Pero para interpretar justamente este episodio, debemos hacer algunas consideraciones que nos llevarán algo lejos. Antes que nada, intentaremos reconstruir la escena sirviéndonos de los elementos que el Evangelio nos ofrece.

## RECONSTRUYAMOS LA ESCENA

Los vendedores y cambistas van con los guardias del templo y con los sumos sacerdotes para narrar lo acontecido y reclamando la protección de sus derechos, visto que han recibido permiso regular y que pagan puntualmente sus impuestos. Se discute un poco la cuestión y posteriormente los sacerdotes, guardias, puesteros y comerciantes se dirigen a Jesús que, erigido en toda su potencia de Hombre-Dios, está listo para resistir el impacto de aquella legión vociferante.

La “potencia” emanada por Jesús fue demasiado grande y todavía está en el aire, nadie tiene el coraje para agredirlo directamente. Además, ante la increíble destrucción que encuentran a su paso, surge en los hebreos una duda: quizás Jesús es el Mesías tan largamente esperado, el gran general que habrá de guiar la anhelada revuelta del pueblo hebreo para liberarlo del yugo romano. La pregunta que le hacen a Jesús tiene tintes casi de respeto:

*¿Qué señal nos muestras para hacer estas cosas?*

Es la pregunta que Jesús se esperaba y que ha provocado. Hay una pausa de silencio, de temor y de esperanza por parte de los demandantes, pausa que se acentúa más en los apóstoles y simpatizantes, quienes también están traumatizados por

lo sucedido. En el silencio general de aquella turba en espasmódica espera, que se encuentra lista para declararlo rey si la respuesta es conforme a sus expectativas, se escucha la palabra de Jesús que alza la voz y dice en tono solemne:

*Destruyan este templo y en tres días lo volveré a levantar* (Jn. 2, 19).

Esta respuesta desconcertó a todos, tanto amigos como enemigos. Es humanamente absurda, ilógica y los presentes se los hicieron notar de inmediato:

*Esta templo tardó cuarenta y seis años en ser construido y ¿tú lo harás resurgir en tres días?* (Jn. 2, 20)

La desilusión fue general. La tensión cayó. “*No es el Mesías*, dijeron sus enemigos, *es un pobre loco...*” La conclusión hizo eco entre la multitud: “*No es el Mesías... es un pobre loco; tan loco está que ha dicho que reconstruiría el Templo en tres días... ¡Qué mal!, nosotros esperábamos otra cosa... Está loco, pobrecito...*”

Quizás fue por esto que no lo metieron en la cárcel y que no le cobraron los daños: los astutos operadores del Templo aprovecharon esta magnífica ocasión para denigrar al incómodo maestro y desvirtuar en esta forma su potencia acción de gracia.

Los apóstoles fueron quienes se quedaron más perplejos, debiendo absorber el reflejo de los insultos lanzados hacia su Maestro, pero además quedando sumamente extraviados en el fondo. Quisieran haberle pedido una explicación, pero no se atrevieron. Jesús calla.

El episodio permaneció como una gran interrogante que en forma recurrente volverá para turbar su fe y sólo lograron entenderlo tras la muerte de Jesús:

*Pero Él hablaba en el templo de su cuerpo. Cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos recordaron lo que había dicho y creyeron en aquellas palabras pronunciadas por Jesús.*

(Jn. 2, 21-22)

Ninguno de los comentaristas de este fragmento (por lo que me consta) ha lanzado la hipótesis de que Jesús, en dicho episodio, se manifestó como el **Profeta** que estaba dando el mensaje más poderoso de la historia. Para comprender mejor esto, veamos qué es un profeta y cómo se expresa.

### ¿QUÉ ES UN PROFETA?

La palabra profeta deriva del griego *profētes*, de pro-femí, que según una concepción antigua significa “predecir”, según una explicación moderna “*hablar, expresar para (otro)*”.

En el caso que nos ocupa, el profeta es aquel que habla en nombre de Dios, movido para tal acción por el Espíritu de Jehová.

El Señor habla al profeta: a) por medio de **sueños**, b) por medio de **visiones**, y c) por medio del **éxtasis**. Estos términos, en el lenguaje bíblico, hacen referencia al comportamiento del hombre que “*siendo investido por una fuerza externa*, en este caso el Espíritu de Dios, *se siente desplazado fuera de su orden, dejando de estar sujeto al control y a la guía de la razón en su estado normal*”. (Diccionario de conceptos bíblicos del Nuevo Testamento, EDB en el concepto correspondiente).

En los estados de éxtasis pueden conectarse gestos simbólicos, con los cuales los profetas hacen entender sus profecías. Se tiene entonces un **gesto profético**, acompañado del **oráculo** o discurso profético.

### EL “GESTO PROFÉTICO” Y EL “ORÁCULO”

Siempre que Jehová quería hacer penetrar en las mentes y en los corazones algunas verdades particularmente importantes, hacía que el profeta realizaría, en estado de éxtasis, algunos gestos clamorosos o extraños que hacían evidente en forma plástica su predicación y que, por lo tanto, movían a la reflexión. Estos gestos se denominan “*acciones simbólicas*”. A continuación se dan algunos ejemplos:

*Jeremías*, por órdenes de Dios, adquirió un jarro de terracota y la rompió ante los ancianos y sacerdotes del pueblo, diciendo que así será destruida Jerusalén (Jer. 19, 10)

*Ajías* de Silo desgarró su manto capa como prueba de la inminente división del reino (I Reino, 11, 29)

*Ezequiel* imitó la fuga precipitada de uno que parte al exilio para indicar la futura deportación (Ez. 12, 6-11)

Presentada en esta forma, la profecía no tenía necesidad de largos comentarios; bastaban una pocas palabras, precisamente el *oráculo* y el *discurso*, para transmitir el mensaje que Dios pretendía dar.

#### JESÚS EL PROFETA DE PROFETAS

En el episodio del Templo, Jesús se manifiesta en toda su potencia de Hombre-Dios, dando un mensaje profético que va más allá de Israel y que divide en dos la historia del espíritu del hombre: **el templo de piedra debe ser sustituido por el templo de la carne, ¡porque DIOS VIVE EN EL HOMBRE!**

Para enunciar esta verdad revolucionaria, que se relaciona con los hombres de todas las religiones y de todos los tiempos, Jesús usa con amplitud el estilo profético del Antiguo Testamento, sirviéndose del *gesto profético* y del *oráculo*.

**El gesto profético** es la demolición de todo el mercado, que simboliza la futura destrucción del templo de Jerusalén y del propio cuerpo; **el oráculo** son las pocas palabras que emplea para ello: “*Destruyan este templo y en tres días lo haré resurgir*”.

Quizás este sea el momento más fuerte de toda la vida apostólica de Jesús y la Potencia que de Él emana es sobrehumana. Así lo describe Valtorta:

*“Jesús es terrible. Parece el arcángel colocado en el umbral del Paraíso perdido. No tiene espada flameante entre las manos, pero tiene rayos en los ojos y fulmina a detractores y sacrilegos.”* (Ibid o.c.)

Jesús se encuentra en el Templo que para los hebreos era el único lugar de la divinidad y en esta ocasión si manifiesta más que nunca Maestro y Profeta. Él debe hacerle entender a todos, aquello que había dicho antes a la samaritana:

*“Créeme, mujer, llega la hora en que ni en esta montaña ni en Jerusalén se adorará al Padre... Pero la hora se acerca, y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque esos son los adoradores que quiere el Padre.*

*Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad.*” (Jn. 4, 21-24)

Jesús, en otras palabras, debe pasar las tablas del Templo de piedra al templo de carne: **Dios no habita en una estructura material, sino en el hombre.**

Este mensaje para los hebreos es difícil de aceptar: es el fin de pueblo hebraico como pueblo único de Dios; es el fracaso de sus proyectos de salvación nacional; es tener admitir que todos los hombres (incluso si son samaritanos o romanos), tienen la misma dignidad espiritual. Los hebreos no reconocieron la potencia profética de Jesús y por ello formularon la pregunta en forma errada: en vez preguntar: “¿Qué señal nos muestras para hacer estas cosas?”, ellos debieron preguntar “¿qué quieres hacernos ver con esta señal?”.

Jesús es Hijo de Dios y es Hijo del Hombre. En el templo explota con toda su Potencia profética, como en la Última Cena y como en el Calvario se habría de manifestar en toda su dignidad sacerdotal y real.

## EL PADRE PÍO: “PROFETA” DE DIOS

Quien ha conocido de cerca al Padre Pío de Pietrelcina ha podido observar sus manifestaciones, las cuales con frecuencia eran catalogadas como actos de nerviosismo e impaciencia.

El Padre Bonaventura de Cavallana, de la orden de los capuchinos, durante el mes de mayo en que se hallaba predicando en San Giovanni Rotondo, asistió a una de tales “explosiones” en contra de una persona que había ido a buscar al Padre Pío y se quedó congelado. Más tarde habló del incidente con el Padre y le dijo: “*Padre, esta mañana usted se enfureció demasiado...*” El Padre Pío le respondió: “*En verdad te digo, que nunca he perdido la paciencia y que jamás me he enfurecido en toda mi vida*”.

Entonces, ¿qué eran esa suerte de “explosiones”? Eran fuertes vibraciones espirituales que tenían que romper las barreras e incrustaciones que bloqueaban la acción de la Gracia en los espíritus. De ello tuve una experiencia personal en uno de mis encuentros con él. Había ido a buscarlo, tras largos meses de afanosa actividad, en una misión que él mismo me había encomendado. Recibí sólo humillaciones y me dirigí a él, buscando algo de ternura y reconforto.

Por el contrario, el Padre Pío, apenas hube entrado en la Sacristía, comenzó a gritar con una voz tan potente que temí

hiciera venirse abajo la iglesia entera. Las pocas palabras que pronunció, en total nueve, por su precisión provocaron en mí una especie de terremoto interno.

Recuerdo bien la escena: todos sonreían como si el Padre hubiera contado algún chiste, mientras que yo quería que se abriera el piso para que me tragara.

Dos minutos después lo alcancé en el altar de la iglesia nueva y me arrodillé de su lado izquierdo, listo para recibir una segunda oleada de bombas. Por el contrario, me dirigió una mirada de infinita ternura.

Pensando en que pude haberlo importunado con algo, le pregunté si no quería que alejara de él. Me miró sorprendido y adolorido: “*Ven cuando quieras*”, respondió y, casi temiendo que pudiera abusar de esa concesión, agregó: “*¡Ven cuando te manden tus superiores!*”. Yo intentaba torpemente agregar: “*Pero es que usted... apenas... en la Sacristía...*” y él me miraba desconcertado, como si estuviera diciendo cosas extrañas que él no lograba descifrar. Por último, con los modos francos que lo distinguían, me dio un golpecito en la cabeza y me despidió diciendo: “*¡Vamos ya, déjame rezar!*” y se sumergió de nuevo en su capucha. Tuve la impresión, probablemente errada, que no se había dado cuenta de lo que había salido de su persona pocos minutos antes.

Regresé a casa, reflexionaba sobre lo que me había pasado, en aquellas nueve palabras que me habían hecho ex-

plosión por dentro. Sólo hasta después pude comprender que aquellas nueve palabras habían sido el “oráculo” que había destruido, de forma irreparable, la “dura estructura” interior de mi “yo”.

Una *explosión* del tipo, con una carga mucho mayor, tipo cabeza nuclear, es lo que se verificó aquel día en Jerusalén, cuando Jesús puso de cabeza el Templo.

## ES LA HORA DE LA IRA DE DIOS

Querido hermano Sacerdote, queridos amigos:

Es la hora de la “*ira de Dios*”. Es la hora del Padre y todos debemos inclinarnos en esta hora. El Padre está cansado de esperar, de vernos sufrir, de vernos maltratados por Satanás, porque él mismo se ve mortificado en sus hijos.

Gracias por haberme dado la ocasión de eliminar escorias que podrían contaminar la visión de Dios, que nos ama con un amor purísimo y total.

El Padre ha dicho “basta” y, en el Hijo, viene a nosotros con potencia:

*“Vi el cielo abierto y apareció un caballo blanco. El que lo monta se llama “Fiel” y “Veraz”. Es el que juzga*

*y lucha con justicia. Sus ojos son llamas de fuego, tiene en la cabeza muchas coronas y lleva escrito un nombre que sólo él entiende. Viste un manto empapado de sangre y su nombre es: La Palabra de Dios.*

*Lo siguen los ejércitos del cielo en caballos blancos, vestidos con ropas de lino de radiante blancura.*

*De su boca sale una espada afilada, para herir con ella a las naciones; él las gobernará con vara de hierro; él mismo pisará el lagar del vino de la ardiente cólera de Dios, el Todopoderoso. En el manto y en el muslo lleva escrito este título: “Rey de reyes y Señor de señores”.*

(Ap. 19, 11-16)

Los invitamos a leer este fragmento del Apocalipsis con las herramientas que les hemos proporcionado, esto a propósito de la *“ira furiosa de Dios”*.

La *“espada afilada que sale de su boca para herir con ella a las naciones”* es la palabra de Dios que resonará como trueno en la conciencia de la humanidad aturdida y desacralizada, vuelta obtusa a la voz del Espíritu y resonará antes que nada en cada uno de nosotros, para matar nuestro “yo”, el verdadero demonio que llevamos dentro y para hacernos renacer. Sólo así podremos entrar en el Reino de los Cielos, esto es, en la dimensión del Espíritu y del Amor.

Si, con las reflexiones sobre la “ira de Dios”, logramos que alguno crea en forma más concreta en el Amor del Padre y con ello se puede preparar en mejor forma para el encuentro con él, entonces el deseo de Paz y alegría que les enviamos al comienzo se habrá centuplicado. Gracias.

Que nuestro Padre dulcísimo y potente en su Amor nos sonría y nos llene de alegría en este tiempo que esperamos nos traiga Luz para la iluminar la espesa niebla en la cual nos hallamos sumergidos.

## INDICE

<b>LA JUSTICIA DEL PADRE</b>	5
¿Qué cosa es la Justicia?	6
El poder del Juicio	8
¿Quién nos juzga?	10
La gran trampa del Infierno	13
<b>LA IRA DE DIOS</b>	18
¿Qué cosa es la ira?	21
La “ira de Dios” en el Viejo Testamento	22
La “ira de Dios” en el Nuevo Testamento	25
“Nos atrevemos a decir: Padre Nuestro”	25
“Y no nos induzcas a la tentación”	28
Jesús corre a los vendedores del Templo	30
Reconstruyamos la escena	34
¿Qué es un profeta?	36
El “gesto profético” y el “oráculo”	37
Jesús el profeta de profetas	38
El Padre Pío: “Profeta” de Dios	41
Es la hora de la ira de Dios	43